

Tierra y Libertad

Número suelto: 8 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39. 2.º

Paquetes de suscripciones: España un trimestre 25 céntimos

MANCOMUNIDAD BURGUESA Y SOLIDARIDAD OBRERA

La representación de todos aquellos catalanes de quienes el Código civil presume que hacen todas las obras, siembras y plantaciones, se ha reunido, sin distinción de fortuna, creencia ni opinión política en el histórico salón de San Jurgé, en Barcelona, "haciendo uso de una facultad aun no reconocida en ninguna ley publicada en la Gaceta", según declaración del presidente, y ha acordado: Pedir al Gobierno y al Parlamento la aprobación urgente del proyecto de mancomunidades, y declarar que "se reunirán cuantas veces sea necesario hasta conseguir la consagración legal de la Mancomunidad Catalana, en que espiritualmente se hallan constituidos."

El hecho, como se ve, reviste cierto carácter de simpática rebeldía.

Según declaración de uno de los representantes, "allí se hallaba la representación de todos los elementos políticos de Cataluña. Una sola fuerza no estaba representada: el socialismo."

Ese socialismo calificado de fuerza, cuya falta fue notada, claro es que no será la agrupación de iglesias existente en Barcelona, ni aun la de toda Cataluña, porque eso no es una fuerza, o si lo fué en el resto de España, dejó de serlo al mezclarse con los políticos burgueses en la conjunción republicana. Para el representante que hizo la observación, *socialismo será, seguramente, proletariado emancipador*, y, efectivamente, en aquella reunión no hubo representante alguno de la asociación obrera catalana.

Ni podía haberla.

Hay mancomunidad o solidaridad burguesa.

Hay solidaridad o mancomunidad obrera.

Y entre ambas hay en Cataluña, en toda España, en Europa y en todo el mundo, lo que declaró La Internacional hace medio siglo y recientemente el Congreso Sindicalista de Londres: la lucha de clases, determinada por la existencia del derecho de sucesión, que, en toda la extensión de la civilización moderna, lo mismo que en la Edad Media y en la Antigüedad, despoja al trabajador del producto de su trabajo para dárselo al capitalista en forma de frutos naturales, frutos industriales y frutos civiles.

Bien reciente está, en confirmación de esa insolidaridad entre burgueses y trabajadores, el recuerdo de la gran huelga del arte fabril, y constante y manifiesta es la lucha en Cataluña entre la burguesía explotadora y el proletariado explotado, resultante de un antagonismo de intereses imposible de

reducir en concordante fraternidad en la sociedad actual.

Por otra parte, ¿cómo puede concordarse la autonomía impulsora de la mancomunidad catalana con el proteccionismo catalán?

Porque no ha de olvidarse con el ruido de las aclamaciones y del canto de los Segadors, que los que hoy protestan contra la centralización y piden el derecho de cuidar y administrar las cosas de su tierra, protestaban ayer contra el decreto de las diez horas, y piden constantemente esa centralización abominada del monopolio del comercio interior por medio de la tasa elevada contra los productos extranjeros, por incapacidad de sostener la competencia; unas veces por pereza mental que les impide desarrollar ampliamente el negocio industrial, otras por la mezquindad que cierra la bolsa al gasto necesario para renovar la maquinaria.

Pueden dignamente declararse autonomistas los que, sintiéndose con energías propias para vivir, no necesitan para enriquecerse la protección aduanera; nunca los pedregales que mendigan sin cesar protección al Estado centralizador y ponen sus riquezas, extraídas de la explotación de sus conciudadanos, al amparo del arancel; no los que por penuria mental y moral se hallan imposibilitados de declararse librecambistas.

Ni cómo puede haber mancomunidad catalana entre burgueses que piensan y obran como negreros, y trabajadores a quienes esos negreros tienen reducidos a la condición de coolies? ¿Cómo hablan de juntarse en mancomunidad los fautores y las víctimas del odioso Pacto del Hambre? ¿Qué puede haber de común entre los caciqueros que quieren eternizar el derecho de sucesión y los que aspiran a la participación en el patrimonio universal?

Séase: existe en Barcelona, a pesar de todas las vicisitudes tiránicas por que ha pasado en los tiempos modernos, un especialísimo ambiente obrero revolucionario.

Desde la celebración del primer Congreso obrero español, en junio de 1870, y la publicación de *La Federación*, órgano del Centro de Sociedades Obreras y después de la Federación local de la Internacional, no ha cesado un momento la actividad organizadora y propagandista de los trabajadores barceloneses.

En el período transcurrido desde aquella fecha hasta la semana revolucionaria en julio de 1909, la huelga, el

mitin y la prensa obrera han difundido los conocimientos sociológicos y el ideal emancipador, sobrepasándose a todo; lo mismo a la demagogia lerrouxista que a las persecuciones más crueles.

La pluma analítica, severa y doctrinal de obreros conscientes en *Acracia*, *Ciencia Social*, *El Productor* (primera época) y *Tierra y Libertad*, y en centenares de folletos originales y traducidos, la palabra vibrante, sugestiva y apasionada de obreros dotados de espontánea y natural elocuencia en toda clase de reuniones públicas, y el trabajo perseverante de organización y administración de sociedades obreras dedicadas a resistir la codicia patronal, dieron a los trabajadores barceloneses conciencia del valor personal, espíritu societario de clase, ardor de luchadores y aquella persistencia y tenacidad que perfecciona, vigoriza y determina exclusivamente la voluntad hacia un objetivo grande y digno con orientación invariable.

En ese ambiente se educan los aprendices, a él se adaptan los obreros de otros países que a Barcelona acuden en busca de medios de subsistencia, y producto de ese ambiente llegan los obreros barceloneses a la emigración, y no menos producto de ese ambiente es la moderna orientación emancipadora manifestada en toda la América latina y en no pocos grandes centros obreros europeos; y ese ambiente, desconocido para los indiferentes, los superficialistas y en general para cuantos mandarineros envía a Barcelona la centralización gubernativa, se manifiesta cuando la ocasión se presenta, como se manifestó en julio de 1909, y dirigiendo una mirada retrospectiva, como se manifestó con la huelga general de 1902, movimiento considerado en el Parlamento como primer albadonazo dado por la Revolución Social; como se había manifestado antes en los 1.º de mayo de 1890 y 1891, en el Certamen Socialista de 1889, celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, y en años anteriores celebrando los aniversarios de la Comuna de París y el sacrificio de los Mártires de Chicago.

No; los trabajadores catalanes conscientes son ajenos a la mancomunidad catalana y desean extender a todo el mundo la Solidaridad Obrera. Al regionalismo burgués oponen el cosmopolitismo humano.

Va hace años que dijeron: *Ni catalanistas ni diskaitarras*.

ANSELMO LORENZO

¿Cómo es posible que haya todavía necios semejantes? ¿Cómo, por muy testarudos, orgullosos y simples que sead, no han comprendido después de tanto tiempo, lo ridículo y vergonzoso de su posición? ¿Cómo es posible encontrar en alguna parte, en el fondo de las landas perdidas de la Bretaña, ni en las inaccesibles cavernas de los Pirineos, a un hombre bastante estúpido, bastante irrazonable, bastante ciego, bastante sordo para votar azul, blanco o rojo, sin que nada le obligue a ello, sin que le paguen o sin que lo emborrachen?

¿A qué extraño sentimiento, a qué misteriosa sugestión puede obedecer ese bipedo pensante, dotado de una voluntad, según se desprende, y que va, orgulloso de su derecho, creyendo cumplir un deber, a depositar en una urna electoral cualquiera una papeleta con un nombre escrito que nada nos debe importar? ¿Qué es lo que ha podido decirse a sí mismo que justifique, o por lo menos explique ese acto extravagante? ¿Qué es lo que espera? Porque, en fin, para consentir en darse unos pocos escrupulosos que lo espieman y que lo apaleen, es necesario que él espere alguna cosa extraordinaria que nosotros no podemos sospechar. Se necesita, que debido a importantes trastornos cerebrales, las ideas de diputado correspondan en él a las de ciencia, de justicia, de abogacía, de trabajo y de probidad; que hasta en los nombres de cualquiera de nuestros políticos descubra buenas cualidades y que vea, a través de una llamada "óptica", honradez en los que piden sus sufragios. Nada le sirve de lección; ni las comedias más burlescas ni las tragedias más terribles.

Y sin embargo, hace largos siglos que dura el mundo, que las sociedades se desarrollan y se suceden, parecidas las unas a las otras, que un hecho único domina toda la historia: la protección al grande y la muerte al pequeño. No es posible hacerle comprender que no hay más que una razón de ser histórica: la de pagar por una multitud de cosas de las que nunca ha de disfrutar y de morir por combinaciones políticas que nada le interesan.

¿Qué puede importarle que sea Juan o Pedro quien le pida su dinero y le quite la vida, cuando se ve obligado a desprenderse de uno y dar la otra? Nada; y, sin embargo, entre sus espohadores y sus verdugos establece la diferencia, votada por los más rapaces y más feroces. Votó ayer, votará mañana y votará siempre. Los carneros van al matadero; nada se dicen ni nada espantan; pero al menos no votan por el carnicero que los ha de matar o el burgués que se los ha de comer. Más bestia que las bestias, más acarnerado que los carneros, el elector nombra su carnicero y elige su burgués; ha hecho resoluciones para conquistar ese derecho.

¡Oh! buen elector, inexplicable imbecil, héroe degenerado, si en vez de dejarte atrapar por el cauto de sirena de esa prensa asalariada que cobra por embriagarte; si en lugar de dar oídos a las quimeras adonaciones con que bañan tu vanidad, con que rodean tu lamentable soberanía harapienta; si en vez de detenerte job eterno ciego al ante las engañosas promesas de los programas, leyeras alguna vez a Schopenhauer y Marx Nordau, dos filósofos que saben bastante sobre el particular, tal vez aprenderías cosas sorprendentes y útiles; quizá después de haberlos leído te bailarías menos dispuesto a revestirte de gravedad, y poniéndote tu gabán nuevo, correr en seguida a las urnas homicidas, en las cuales, cualquiera que sea el nombre que eches, echas desde luego el de tu más mortal enemigo. Ellos te dirían, como conocedores de la humanidad, que la política es una farsa abominable, que toda ella es lo contrario del buen sentido, de la justicia y del derecho, y que a ti nada debe importarte, pues tu suerte está sujeta a las indicaciones del gran libro del destino humano.

Sueña después de esto, si quieres, con

UNA OBSERVACION

No sé en qué idioma se habrá escrito la Declaración de Principios del Congreso Sindicalista de Londres: esas traducciones he leído en español, publicadas en *El Porvenir del Obrero*, *Solidaridad Obrera* y *La Voz del Obrero*, y no son completamente idénticas.

Pequeñas son las diferencias, y tal vez no esenciales; pero a mí, la del periódico de Mahón y la del de Barcelona me impresionaron para detenerme a escribir el artículo "Al punto de partida", publicado en el número anterior, y creo que si hubiera visto antes la de *La Voz del Obrero* no le hubiera escrito. En esta frase se pechosa EN LO PORVENIR, se convierte en Y COMO CONSECUENCIA, cuya significación es diferente, y más aceptable.

He aquí el texto en el periódico catalán:

...cuya acción debe tener por objeto el desenvolvimiento material e intelectual inmediato del proletariado, y como consecuencia la abolición del sistema capitalista y estatista.

De todos modos, lo escrito escrito queda, y no será inútil si sirve para determinar a algunos a pensar y desarrollar actividad inteligente.

ANSELMO LORENZO

Declaración de Principios del Congreso Sindicalista de Londres de 1913

"El Congreso, reconociendo que la clase obrera de todos los países sufre la esclavitud del sistema capitalista y estatista, se pronuncia por la lucha de clases, por la solidaridad internacional y por la organización autónoma de los trabajadores, cuya acción debe tener por objeto el desenvolvimiento material e intelectual inmediato del proletariado y como consecuencia la abolición del sistema capitalista y estatista.

El Congreso declara que la lucha de clases es la consecuencia de la propiedad privada, de los medios de producción y distribución; en consecuencia, preconiza la socialización de esta propiedad.

Reconociendo que los Sindicatos internacionales no llegaron a esta finalidad hasta que cesen de estar divididos por diferencias políticas y religiosas, el Congreso declara:

Que la lucha es de carácter económico, entendiendo que los obreros organizados no deben pretender alcanzar dicha finalidad por las instituciones gubernamentales ni por sus servidores, antes al contrario, deben únicamente confiar en su propia fuerza y en su directa acción.

En consecuencia, el Congreso hace un llamamiento a los trabajadores de todos los países a fin de organizarse en uniones industriales independientes y de unirse sobre las bases de la solidaridad para obtener su emancipación de toda dominación capitalista y estatista."

Política práctica

—Mi teoría es muy sencilla, como todas las grandes concepciones, dijo aquel buen señor arrojando un terrón de azúcar en el fondo del vaso.

—Venga esa teoría.

—Allí va: Supongo desde luego que la mujer no existe.

—¡Carambal!

—No existe. No hay más que hombres, todos los cuales son iguales exactamente.

—¡Canastos!

—Exactamente. Esos hombres expresan su voluntad y lo que acuerda la mayoría se hace, y boca abajo todo el mundo.

—Pero...

—Boca abajo todo el mundo, la familia, la Universidad, el Municipio, la religión, el taller, no tiene otra representación que lo que dice la mayoría. La mayoría es siempre ilustrada y buena y si pide la tiranía se le da, y si pide la revolución también se la da.

—¿Cómo?

—Como sea, pero se le da igual que si pide la luna.

—¡Señor mío!

—Todo en teoría. En la práctica el Gobierno saca mayoría también como puede y los particulares se agarran si tienen alidada y si no se hunden.

—Eso es un absurdo!

—¡Un absurdo! Pues mire usted, es el punto de partida de todos los partidos políticos españoles

A los electores

Iniciamos una campaña anti-electoral con el presente artículo de Octavio Mirbeau, cuya lectura recomendamos por su fondo pleno de argumentación y su forma de galano desenfado.

Frente a la prensa política que proclama las excelencias del voto, haremos oír la voz de los anarquistas anti-electoral y antiparlamentaria.

Se reían de los anarquistas cuando, hace veinte años, decían que los trabajadores no debían esperar nada de la comedia electoral. Hoy son los burgueses mismos quienes hacen tal declaración en un diario que, por más de un concepto, puede ser considerado como su órgano por excelencia.

En efecto, ante los mendigos de sufragios, el proletario no tiene más que cruzarse de brazos y esperar, esperar hasta el día que sea bastante fuerte, para romperles en la cabeza esa urna de la cual pretenden sacar el derecho de dominio y devorarlo.

Y una cosa que me maravilla prodigiosamente—hasta me atrevería a decir que me deja estupefacto—, y es que, en el período científico en que escribo, después de innumerables experiencias, después de los escandalos diarios, pueda haber todavía un elector, un elector tan animal, ignorante y alucinado, que consista en dejar sus ocupaciones, sus sueños o sus placeres, para votar en favor de alguien o de algo.

Cuando se reflexiona un solo instan-

te, parece que tan sorprendente fenómeno está hecho para extravaiar las sutiles filosofías y confundir la razón. ¿Dónde está el Balzac que nos da la fisiología del elector moderno? ¿Dónde el Charcot que nos explique la anatomía y los trastornos mentales de ese incurable demente? Esperamos que se presenten.

Comprendo que un bribón encuentre siempre accionistas; la censura, defensores; la ópera cómica, delirantes; *Le Petit Journal*, suscritores; Loubet, pintores que celebren su entrada rigida y triunfal en una ciudad del Langue; comprendo a Chateaubriand obstinado en tocar la rima; lo comprendo todo. Pero que un diputado o un senador, o un presidente de república u otro cualquiera, entre todos los extraños farsantes que pretenden un cargo electivo, sea el que quiera, encuentre un elector, un mártir improbable que le alimente con su pan, lo vista con su lana, lo engorde con su sangre y lo enriquezca con su dinero, con la sola perspectiva de recibir a cambio de esas prodigalidades garratizas en la cabeza y puntapiés en el trasero, si es que no hiere su pecho la descarga del fusil, es, en verdad, más de la noticia, ya bastante pesimista, que yo me había formado hasta ahora de la sociedad humana en general.

Debe comprenderse, desde luego, que yo hablo aquí del elector ilustrado, convencido, teórico; del infeliz que se imagina realizar un acto de ciudadanía libre, afirmar su soberanía, ex-